

# Valorar



Dos amigas se encontraban tomando un refresco, y una le comenta en tono de queja a la otra:

Mi padre me llama mucho por teléfono para pedirme que vaya a conversar con él. Yo voy poco y, en ocasiones, siento que me molesta su forma de ser. Ya sabes cómo son los viejos. Cuentan las mismas cosas una y otra vez. Además, nunca me faltan compromisos; que el trabajo, que mi novio, los amigos...etc.

Yo en cambio (le dijo su compañera), hablo mucho con mi padre. Cada vez que estoy triste, voy con él; cuando me siento sola, cuando tengo un problema y necesito fortaleza, acudo a él y me siento mejor.

¡Ostras! (dijo la amiga). Eres mejor que yo.

No lo creas, soy igual que tú (respondió con tristeza).

Visito a mi padre en el cementerio. Murió hace tiempo, pero mientras estuvo conmigo tampoco yo iba a charlar con él y pensaba lo mismo que tú.

No sabes cuánta falta me hace su presencia, cuánto le echo de menos y cuánto lo busco ahora que no está.

Si de algo te sirve mi experiencia, conversa con tu padre hoy, que todavía lo tienes; valora su presencia resaltando sus virtudes, que seguro las tiene, y trata de hacer a un lado sus errores, que de una forma u otra ya forman parte de su ser. No esperes a que esté en un panteón, porque ahí la reflexión duele hasta el fondo del alma, porque entiendes que ya nunca podrás hacer lo que dejaste pendiente; será un hueco que nunca podrás llenar; no permitas que te pase lo que me ocurrió a mí.

Cuando la muchacha iba hacia casa recordaba las palabras y la conversación que tuvo con su amiga. Sólo llegar a casa abrazó a su padre y se puso a hablar con él y le pidió que le contara anécdotas de cuando era joven.

Hagamos lo mismo todos y no esperemos a que sea demasiado tarde.